
**UNA FILOSOFIA DE LA
NUEVA GENERACION**

Para la historia un sentido totalmente nuevo, con el ímpetu que reclama todo impulsor creador, es la primera preocupación de la generación presente; organizar una cultura en la que el cosmos espiritual penetre como verdadera fuerza histórica y configurar el conglomerado colombiano como conjunto civilizado.

Vivas las fuerzas de nuestra nacionalidad, no será esfuerzo vano aspirar a imprimir en el arte, el derecho y la política, ideales valorativos que aseguren un definitivo predominio histórico.

Hallar modelos de eternas realizaciones, como supuesto para la creación histórica, es labor de inteligencias, en prolongada faena interior, con especial vocación para lo ético. Vivimos una época de anhelos espiritualistas que exigen la restauración del valor humano. Se impone como primer supuesto la expulsión del monismo del dominio ético, porque la acumulación de verdades sobre el hombre no puede traducirse en la ruina de su personalidad; creemos en la perfectibilidad de la naturaleza humana y reclamamos para ésta modelos inmovibles y eternos.

Si rechazamos el monismo como concepción del universo no es que le asignemos un rango filosófico; convencidos estamos de que la fatalidad del proceso universal se detiene en el campo ético en donde la aspiración moral irrumpe contra el enlace causal. La hipótesis monista no alcanzó su codiciada verificación y resultó estéril la proclamación que hicieran los teóricos del sistema, como imperativo de la ciencia del hombre, de su incorporación en la fatalidad del proceso cósmico.

Sustraer el valor humano a la caverna experimentalista y movilizar el derecho, la política, el arte, la ética para su reexaltación; urgimos la vigencia de verdaderos presupuestos culturales, de fuerzas ordenadoras. Situamos el hombre en un

plano de verdadera preocupación cultural y repelemos el transpersonalismo como criterio de modelación histórica; el contenido espiritual no puede incorporarse en el proceso causal de la materia, el modelo ético no puede retroceder ante el ímpetu de apetitos en escandaloso desorden.

No es que creamos en la restauración del valor humano por medio de la inmoderada exaltación idealista; este contenido de doctrina apenas sí nos proporcionará una base débil para el orden institucional a que aspiramos. Su ética no tendría realizaciones históricas duraderas. El idealismo, como conjunto de afirmaciones del universo y de la vida, tiene rango filosófico, pero como doctrina que aspira a una vigencia histórica, carece de potencias creadoras, su ética es insuficiente, no colma los anhelos de perfeccionamiento por medio de la ansiada rigidez ético- normativa.

Es creencia firme que toda cultura debe estar dotada por un competente sentido ético, si es que quiere perpetuarse. El derecho, el arte, la política, deberán estar saturados de eticismo, si aspiran a configurar la historia; el idealismo es formalista, los ideales valorativos son apenas la aspiración de unos pocos talentos desviados de sus maestros; el eticismo de la teoría de los valores es complemento de la doctrina, no incluido en la unidad del sistema.

De todas las manifestaciones de la cultura en la actualidad, ninguna más distanciada que el arte de la evaluación moral.

En el período de mayor austeridad del pueblo griego se estableció una maravillosa vinculación entre el arte y la moral; no se consideraba que la representación estética de la vida excluyera la armonización con ideales valorativos. En severa actitud la representación humana helénica hacía patente el anhelo moral, la magnífica devoción por los valores éticos.

La generación nueva exige una filosofía con contenido de principios morales, aferrada al más genuino espiritualismo; una ética con sólidos basamentos metafísicos.

Con modelos espirituales no será tarea difícil la configuración de nuestra nacionalidad, movilizandoo un vasto programa de realizaciones al servicio del hombre con sus anhelos de Dios.

Una verdadera arquitectura civilizada deberá estar basada en la afirmación cristiana de la vida, este formidable hecho colombiano no se dejará configurar por arquitectos sin ideas de valor, sin escuadra y sin compás.

Fue cristiano el impulso inicial de nuestra cultura y si nuestra marcha histórica ha tenido dolorosos desvíos, está latente esta poderosa fuerza, causa eficiente para una verdadera civilización colombianista.

Es urgente la expulsión de las creencias que han producido la dispersión de nuestras fuerzas nacionales y elaborar una síntesis de nuestra vida histórica, mediante la aplicación rigurosa de los métodos espirituales.

Muy poco se han preocupado entre nosotros por hallar el sentido genuino de nuestra jornada histórica; anhelamos siquiera una discusión sobre los métodos de interpretación; el marxismo no ha intentado siquiera una incursión a fondo por temor al sacrificio y derrota de la dialéctica y ansiamos una investigación semejante que nos emanciparía de laboriosas demostraciones.

Una firme adhesión a la filosofía cristiana, devoción en el campo del ser por la causa primera y por los últimos principios, como definitivas conquistas de la metafísica; estamos más urgidos de creyentes que de pensadores; y no dudamos que en el campo moral el creyente es más poderoso que el sabio; más fe en las verdades atesoradas que en los resultados de la penosa investigación.

Si para actuar se requiere un cúmulo de verdades, no podremos sustraernos al deber ineludible de la acción; modelaciones de perpetuación histórica hallamos en el espiritualismo católico; elucubrado está allí el universo todo y configurado el ordenamiento de todas las fuerzas para el progreso.

Vaciar un contenido ético en el orden institucional será el primer paso para la restauración cristiana de la vida. Nos enfada ese divorcio entre la ética, el derecho, el orden económico, político y social. Su savia vivificante está detenida por el idealismo formalista, por la incipiente teoría del valor, o por la concepción materialista.

Como anhelamos un avance definitivo en todos los órdenes, jurídico, económico, político y social, necesitamos dar juridicidad a múltiples principios de la ética, preocupación que requiere una nueva concepción del Estado, omnipotente para realizar la justicia. Es urgente la rectificación de las concepciones del derecho público y de la ciencia política, sin distanciarnos de la ortodoxia más pura. No creemos en un auge cultural sin una perfecta organización política para los pueblos.